

HHH

Publicaciones del Partido Socialista

— 2 —

EMILIO FRUGONI

Mensaje a la Juventud



MONTEVIDEO

— 1940 —

No P 8519. F 88. M 4

DISCURSO PRONUNCIADO
EN EL ACTO INAUGURAL
DEL PRIMER CONGRESO DE
LA JUVENTUD SOCIALISTA
LA NOCHE DEL 26 DE ENE-
RO DE 1940 EN EL TEATRO
MITRE.

D 262.636

Revisado al INIAH 1977.



DEBO, ante todo, agradecer tan benévola acogida, como asimismo los conceptos excesivamente amables que me han prodigado algunos de los oradores.

Agradezco, enseguida, a los organizadores de este congreso la oportunidad que me han proporcionado de hacer oír mi modesta palabra en esta inauguración que no me atrevo a calificar de solemne, porque los jóvenes no pueden ni deben hacer nada con solemnidad, y porque, acaso, tenía razón Bernard Shaw cuando decía que en el mundo no se ha hecho nunca nada serio, solemnemente.

Les debo, pues, la expresión sincera de mi reconocimiento personal, tanto más cuanto que no podía haber para un hombre como yo satisfacción espiritual más grande que la de ocupar esta tribuna en una ocasión como la presente.

Los jóvenes que aquí se congregan me dicen que no en vano hicimos nuestra siembra y que, cuando llegue para nosotros la hora del descans

so, podremos reclinar tranquilamente nuestras sienes sobre la almohada, porque habrá quienes recojan la antorcha desprendida de nuestras manos desfallecidas por la muerte.

La celebración de un congreso de jóvenes socialistas en el Uruguay constituye un acto auspicioso y memorable, que no podrá pasar inadvertido para quienes se interesan por la suerte y el porvenir de nuestro pueblo. En lo que me es particular, este acontecimiento toca las fibras más íntimas de mi emoción. Mi alma de viejo sembrador de los ideales socialistas en el país se reconforta en presencia de esta cosecha y de este florecimiento espiritual. Veo aquí jóvenes llegados de diversas regiones de la República. Cada uno de ellos traerá, sin duda, a las deliberaciones de este congreso una nota local, la expresión de una realidad regional para completar el coro de las expresiones auténticas de la realidad y del sentimiento nacionales, que, como la nacionalidad misma, son un todo indivisible pero formado por aspectos diversos, por tonalidades o matices diferenciados. Es el nuestro—claro está— un país eminentemente homogéneo. La propia pequeñez de su superficie determina la uniformidad de su topografía, de su ambiente geo-

gráfico, de su sustancia demográfica y étnica con su alto grado de cosmopolitismo en las ciudades y su marcada preponderancia de nativos en el campo. No hay en nuestro país, como en otros del continente, diferencias de latitudes geográficas y hasta de climas. No hay regiones habitadas por indígenas que conservan sus costumbres tradicionales y primitivas. No hay zonas palúdicas, ni selvas impenetrables, ni contrastes de valles y montañas, de lagos navegables y áridos desiertos. No hay más que las diferencias aportadas por el progreso y el desarrollo económico, acumulando la cultura en la ciudad, especialmente en la metrópoli, y estableciendo las diferencias sociales de posición y de fortuna. Pero, con todo, fácil es advertir la distancia que media entre el ambiente social y los modos de vida y cultura entre la urbe y la campaña. Pues sólo se trata de una homogeneidad histórica relativa. No hay, probablemente, naciones del todo homogéneas, pues por fuerza son distintas la vida y las gentes de las ciudades, de la vida y las gentes del campo. Y en el Uruguay la civilización, concentrada en la metrópoli, no ha irradiado bastante al resto del país y el medio campesino acusa características bien diferenciadas de las condiciones de vida y del espíritu colectivo de

la capital. Cada sitio tiene sus problemas propios, o el mismo problema común a todos los sitios se presenta con aspectos variados; y por eso, cada uno de estos jóvenes que vienen de casi todos los departamentos de la República puede traernos una palabra inconfundible y el reflejo de una realidad especial para mejor compenetrarnos de las modalidades del medio uruguayo. Así, los que vienen de Treinta y Tres o de Rivera podrán, por ejemplo, hablarnos de los aripuecos, las viviendas inverosímiles de los arrozales, que no son siquiera ranchos, sino algo así como pequeñas carpas de paja y de troncos de álamos, casi sin paredes. Los que vienen de los departamentos ganaderos, como Flores, Durazno y Tacuarembó, podrán hablarnos de la influencia del latifundio pastoril, eso que alguna vez llamamos barrera horizontal del progreso, sobre la vida de la región y las condiciones de de trabajo y de existencia de las peonadas de las estancias. Los que vienen de los departamentos agrícolas como Canelones, San José, Colonia, Soriano, podrán hablarnos de los problemas que agobian a nuestra producción cerealista o granjera y de las penurias de nuestros labradores, con la visión directa de esos aspectos y planos de la realidad nacional.

EL DRAMA DE LA JUVENTUD

También han llegado hasta aquí jóvenes socialistas de la Argentina cuya palabra acabamos de oír en los labios elocuentes de Dardo Cúneo, uno de los más destacados representantes de la joven intelectualidad argentina, escritor de garra bajo cuya pluma brotan vigorosas las palpitaciones de la más auténtica argentinidad. Ellos han llegado a traer a este congreso que hoy se inaugura la expresión del sentimiento de solidaridad internacional, que es indispensable para la adecuada y perfecta significación de un acto como este. Ellos vienen a dar a nuestros jóvenes el abrazo que reconforta y estimula, poniendo cerca los corazones para que se produzca, en una forma figurada, la transfusión de los sentimientos en un intercambio espiritual idealmente fecundo.

La juventud socialista del Uruguay, como la de la Argentina, como la de América toda, tiene una misión muy alta que cumplir. La espera y la reclama un amplio campo de acción, todavía virgen en gran parte. Jóvenes de un mundo joven, los jóvenes de América viven una doble juventud: la de sí mismos y la del medio donde actúan e irradian.

sus energías y entusiasmos. Pero si, además, son socialistas —como alguna vez lo he dicho y me place repetirlo— entonces son más jóvenes todavía. Porque si juventud quiere decir no sólo el verdor orgánico por escasez de años vividos, sino lozanía y gallardía del espíritu; si juventud quiere decir comienzo consciente de la vida (y todo comienzo es esperanza); si la juventud es germen y no residuo, si es compromiso con el porvenir y no alianza con el pasado; si es impulso de superación del presente y no retroceso, retirada ante las solicitudes del futuro, yo sólo sé de una manera de ser cabal y verdaderamente joven: ser joven y ser socialista.

Por no serlo, muchos jóvenes han vuelto la espalda al destino de su generación y se han perdido por atajos de incertidumbre, de escepticismo, de error o de ceguera, que los ha conducido a despenarse hacia abismos de regresión o de estéril insensatez.

Asistimos a una terrible crisis mundial en que la juventud padece un drama propio, inquietante, intenso y a menudo pavoroso: el de su ubicación en la vida dentro de un mundo convulsionado que se agita en los estremecimientos del trance formi-

dable de alumbrar una nueva era, entre ríos de sangre y estertores de muerte.

Fuerzas de regresión y de barbarie luchan por adueñarse del timón de la historia y controlar ese parto del siglo, que unos quieren que sea una vuelta hacia la Edad Media, y otros, como nosotros, una salida hacia la luz de la justicia y la completa emancipación humana.

Unas y otras fuerzas se han disputado el curso de la juventud. Las de regresión y barbarie se dedicaron con especial ahínco a captarse las simpatías de los jóvenes. Surgieron congregando a las masas juveniles para emborracharlas con una filosofía de la violencia y una brutal exaltación de la fuerza física, entonando himnos a la Juventud, como el fascismo de Mussolini con su marcial *Giovinazza, giovinazza, primavera di bellezza*, con el cual acallaban, ayudados por los esbirros y los soldados de la monarquía caduca, los acentos viriles del *Bandiera Rossa*, que eran entonces un desafío de hombres libres y dignos en la garganta degollada de los trabajadores italianos. Con dolor vimos que los jóvenes acudían en masa al reclamo de esas ideologías siniestras. Eran un fruto de las nuevas generaciones esos regímenes tota-

litarios que no traían, sin embargo, nada nuevo, sino el viejo despotismo político en sus formas más feroces, bajo el manto de doctrinas arcaicas cuyo sentido de retorno a un pasado de barbarie no podrán disimular algunas fórmulas verbales, aplicadas como membretes a principios o conceptos ancestrales. Esa fué la verdadera crisis de la juventud. Esa defección en masa de los jóvenes, apartándose de los caminos de la libertad para atarse al carro de las tiranías sanguinarias. Se producía en esas multitudes juveniles un eclipse de la juventud en lo que ella tiene de generoso, de idealista, de fraternitario, de elemento renovador, de ímpetu noble en favor de la justicia humana y del vuelo libre del espíritu.

AMERICA. MUNDO JOVEN

Pero la juventud habría de hallar en el socialismo, hoy como ayer, su puerto de salvación. Entre las inquietudes, los contrastes y las contradicciones del momento histórico, en medio al derrumbe de tantas construcciones que parecían indestructibles, ante el desenfreno de la brutalidad organizada y el éxito descorazonador de la prepotencia sistemática, los jóvenes socialistas hallaban en

nuestro imperecedero ideal una fuerza invencible y un escudo para abrirse camino con la frente alta, sin claudicar de la misión histórica de la juventud, sino por el contrario, cumpliéndola con esforzada bizarría.

Y si pudimos decir, con razón, que en el socialismo se ha refugiado en esta hora de tan dramáticas perturbaciones la sensatez del mundo contemporáneo, podemos decir también que en la juventud socialista se ha refugiado el espíritu inmarcesible de la verdadera juventud.

Me conmueve sentirme en medio de tantos jóvenes que abrazan con entusiasmo y con orgullo nuestra causa. Ellos han comprendido que es la nuestra una causa de juventud. Cuántas veces nos hemos dirigido a los jóvenes exhortándoles a acompañarnos. Más de una vez, al ver como corrían tras de engañosos mirajes, o pasaban indiferentes por nuestro lado atentos tan sólo al atractivo de los placeres frívolos o de los deportes absorbentes, o arrastrados por los viejos señuelos del tradicionalismo político, hemos sentido brotar del fondo de nuestro corazón un grito desgarrado de amargura y de rabia. No nos dejen solos, les gritábamos a las masas populares de los partidos abstencionis-

tas en aquella reciente campaña electoral en que hubiera bastado un poco de decisión y de cordura para arrancar de las manos de los hombres de marzo el gobierno de la República. ¡No nos dejen solos! habíamos gritado en muchas ocasiones anteriores a los jóvenes indiferentes o indecisos que ni se acercaban a las tribunas que alzábamos en las esquinas de la ciudad, prefiriendo dejarse seducir y engañar por las sirenas del tradicionalismo criollo, que es la inmovilidad cómoda y a menudo provechosa, en la rutina y el pasado y que, además, sabe disfrazarse de lo que haga falta para atraer y retener en sus filas a los incautos y a los ignorantes.

¿No es por ventura la nuestra, preguntábamos, una bandera de juventud? ¿Cuál puede serlo en el país y en el mundo, sino la de esta ideología socialista que planea sostenida por dos alas poderosas que son: una, el sentimiento de la libertad, y otra, la idea de igualdad y de justicia?

Aquí en América, el mundo ha de renovarse a condición de que las nuevas generaciones no renuncien a la realización del destino histórico del continente, que no puede ser otro sino el de constituirse en la gran patria geográfica de la libertad,

de la igualdad, de la justicia y de la fraternidad humanas, en la comunión espiritual de todas las razas y todos los pueblos de la tierra. Y todo eso forma el contenido de la idealidad socialista, la que mejor traduce la aspiración de una americanidad auténtica, sin mezcla de las preocupaciones rancias y de los sentimientos estrechos, de odios raciales y rivalidades nacionalistas, que envenenan el alma de los pueblos europeos e inficionan el ambiente histórico del viejo mundo.

CORRIENTES OPUESTAS

El socialismo, el verdadero socialismo, es el norte natural de la historia americana. El hombre de América, con su sagrado instinto de la libertad, con su natural inclinación fraternitaria, con su constante anhelo de justicia, ha nacido para sentir el socialismo aun sin comprenderlo, en los latidos orgánicos de su ser moral, en el ritmo de su corazón generoso y hospitalario, en las ansias confusas e inconscientes de su alma tendida hacia los horizontes infinitos.

No le deis —si fuese posible— justicia sin libertad. Porque él quiere —aun sin saberlo— libertad y justicia. Por eso nada sirve a la congénita

actitud de su espíritu ante la vida civil y social como el concepto de una justicia sólo posible por la libertad y de una libertad realizada, consolidada y reforzada por la justicia. Es, pues, la filosofía de la Democracia Social lo que realmente responde a las aspiraciones espontáneas de los pueblos de América y la que absolutamente concide con los fines históricos de un continente que nació para la Democracia.

Les marca a las juventudes americanas una orientación inconfundible. Entre ellas, frente a las fuerzas de retención a los viejos modos de encarar el problema político americano, una ideología revolucionaria de transformación social conquistó no pocos adeptos en los medios intelectuales y universitarios. Se trata de una desviación del socialismo que ha concluido por ser su más rotunda negación. Me refiero al comunismo. Es, al igual del nazismo, que también se pretende una forma del socialismo y para prestigiarse con su denominación se llama Nacional Socialismo, un pseudo socialismo, como diría el gran escritor Tomás Mann. Porque el socialismo es, como dijera ese escritor, eminentemente un impulso moral, es decir, de adentro para afuera, un impulso de la conciencia; en tanto que el

nazismo y el comunismo son imposiciones organizadas de afuera para adentro. Y así, mientras el socialismo, el de la Democracia Social, tiende a realizar la justicia y la igualdad por un imperativo de la conciencia humana, implantándolas en un régimen de libertades públicas y de derechos individuales, sobre la base de la voluntad consciente de mayorías populares esclarecidas, el comunismo confía a la voluntad de las minorías audaces y al poder de un Estado omnipotente que es la expresión de un sólo partido político, dominado a su vez por una camarilla dictatorial, la obra de hacer felices a las masas populares en la opresión política y en la miseria espiritual, cuando no también en la económica.

Coinciden el nazismo y el comunismo—hoy aliados en una guerra a muerte contra las democracias— en su concepción de una organización social implantada por decretos dictatoriales; de un pseudo socialismo reñido con las libertades políticas esenciales, sin libertad de opinión, sin libertad de prensa, sin libertad de palabra, sin verdadero sufragio, sin más contralor que el de un sólo partido, el del gobierno, suplantando a la nación como fuente de la soberanía y base del poder público.

co. Y así, pretende la Rusia Soviética, la esclavizada Rusia de Stalin, ser el país del socialismo, y a igual título que Hitler llama nacional socialista a su régimen, ella se denomina República Socialista de los Soviets. Pero no es, no puede ser, claro está, el país del socialismo aquel donde no existe la democracia política, que es parte integrante e inseparable de la democracia social, y en donde se castiga con la cárcel o la deportación a Siberia, o con la muerte, a quienes se pronuncian contra los mandatos o las intenciones del gobierno. No es, no puede ser la patria del socialismo el país de los monstruosos procesos de Moscú. No es, no puede ser el país del socialismo aquel donde los obreros sólo encuentran trabajo a condición de someterse a la férula de los gobernantes, acatando las órdenes que imparten a los sindicatos por medio de los agentes comunistas, o si no, perseguidos y acosados han de morir de hambre como los desocupados en cualquier estado capitalista. Tampoco puede serlo un país cuyo gobierno lleva a su pueblo a la guerra sin consultarlo para nada ni detenerse siquiera a explicarle las razones de tan terrible determinación. A este respecto, fué definitivo el espectáculo que ofreció la U.R.S.S. cuando asombró

al mundo arrojándose a los brazos de Hitler, transformado de golpe, sin transición, de la noche a la mañana, de enemigo acérrimo y odiado, en socio y compañero de la más abominable aventura que hayan presenciado los siglos. Cómo puede pretender ser socialista un gobierno que, teniendo en sus manos el impedir el estallido de la conflagración con sólo negarse a auxiliar a Hitler en su feroz propósito de aplastar a Polonia, prefiere traicionar a las democracias y pactar con Hitler una alianza efectiva, que le permitía adueñarse del territorio polaco desatando la guerra europea, para luego volverse, seguro de tener a sus espaldas un cómplice, hacia la frontera occidental a enfrentarse con los ejércitos aliados?

"GUERRA IMPERIALISTA"

La culpa de Stalin es la más tremenda e imperdonable que haya recaído nunca sobre la cabeza de un hombre. El es el mayor culpable de la guerra. Porque pudo haberla evitado y no quiso evitarla. Al contrario, la hizo posible. La política de agresión del nazismo y los planes imperialistas de Hitler hubieran terminado al disponerse Gran Bretaña y Francia a no tolerar la invasión de Po-

lonia, si Rusia no pacta con el agresor para repartirse con él la nación conquistada a cambio de una ayuda que permitiría a Alemania eludir el bloqueo económico y contar con el apoyo militar del que parecía ser hasta entonces su mayor enemigo. Desatada la guerra, tenemos ahora a los comunistas y comunizantes esforzándose en apartar a las masas trabajadoras de la posición espiritual de simpatía a las naciones democráticas y de hostilidad a los totalitarismos agresores, con la muletilla de que ésta es una "guerra imperialista" ante la cual, por serlo, no deben tomar partido los trabajadores como no sea para acompañar a la "patria del socialismo", a la Rusia Soviética! Y para contrarrestar el justificado y consciente odio a Hitler, explotan el desprestigio de Chamberlain y Daladier entre las multitudes populares por sus actitudes ante la guerra de España y sus capitulaciones ante la prepotencia fascista.

En cuanto a que se trata de una "guerra imperialista" hemos de repetir que sin duda lo es de parte de Hitler al agredir a Polonia para apoderarse de sus territorios, y de Stalin al complicarse en el reparto de esa nación y al invadir a Finlandia con el burdo pretexto de que amenazaba la integridad de Rusia.

De parte de Francia y Gran Bretaña, y sobre todo de Finlandia, es una guerra defensiva, por más que los comunistas digan ahora, repitiendo las consignas de Moscú, que esas son naciones agresoras, y no la Alemania de Hitler que ya dejó de ser el enemigo público Nº 1 de los trabajadores y de la Humanidad civilizada.

La Juventud Socialista ha formulado una excelente declaración, como acabamos de oírlo, ante la guerra. Pero me hubiera agradado un poco más de precisión en la primera cláusula, para evitar confusiones. El imperialismo capitalista, es sin duda, el medio histórico que hace posibles las guerras y que ha acumulado los elementos para que se produzcan; pero ésta no es, en realidad, un efecto directo e inmediato del imperialismo capitalista, sino del fascismo y del totalitarismo en cuanto expresiones políticas incompatibles con el mantenimiento de la paz entre los pueblos y los medios de evitar los conflictos bélicos. Esos regímenes surgieron para arrasar con todas las normas del derecho internacional y todos los procedimientos conciliatorios, ligando su destino a la guerra, para la cual viven y por la cual quieren imponer su voluntad al mundo. Si ellos no hubieran desplegado sus estandartes de conquista; si no se hubiesen erigido en una cons-

tante amenaza para la soberanía de naciones más débiles; si no hubiesen pasado por encima de la independencia de Austria, de Checoslovaquia, de Polonia, amenazando no detenerse en su carrera de dominación y exterminio, la guerra no hubiese estallado. Y si Gran Bretaña y Francia se han visto obligadas a contener esa ola arrolladora lanzándose a la guerra, no es en función del imperialismo capitalista, sino en salvaguardia de las conquistas de la Democracia en el mundo y respondiendo a la voluntad de su pueblo consciente, bajo cuya presión los gobiernos debieron abandonar al fin su política de claudicación y de entregamien- to.

Nadie gritó más frenéticamente contra esa política que los comunistas, quienes todavía ahora abominan de Munich y los munichenses pese a que ya entonces Rusia se había entregado a Hitler y que ahora, ante las claudicaciones de Stalin y el pacto de amistad nazi-comunista, nada tienen que decir contra aquella capitulación superada con exceso por los hombres del Kremlin.

Nadie puede haber olvidado, entre otras, las declaraciones de Litvinof en Ginebra ni los artículos de todos los órganos de propaganda comunis-

tas del mundo, que acusaban a Chamberlain, a Daladier, a Bonnet de connivencias con el nazismo porque no arremetían contra Hitler en vez de contemplar sus desbordes y consentir en sus atropellos. Y no deja de ser gracioso que ahora pretendan, de pronto, dar la impresión de que, al aliarse con Hitler, Stalin sólo ha querido castigar aquellos aliados ocultos del nazismo matándoles el punto en esa condición, pues él se ha constituido en aliado visible y cínico, dispuesto a prestarle la mayor ayuda posible para que gane la guerra o no pueda ser aplastado, como si el hecho de que antes no lo quisieran aplastar, si es que podían, lo hubiese transformado en bueno y deseable en el preciso instante en que culminaba su torpe agresividad.

Para cohonestar ese inverosímil viraje ha sido necesario cambiar el disco y decir, no ya que el nazismo y el fascismo son los culpables de la guerra, sino que Francia e Inglaterra son las potencias agresoras, que los obreros del mundo sólo han de ver en esta contienda, de un lado a Hitler, y del otro, a Chamberlain y Daladier.

Y bien, nosotros decimos que fuerza es ver de un lado a Hitler, y junto a él a Stalin —y tan sólo a ellos— porque en los regímenes totalitarios sólo

ellos, los dictadores omnipotentes cuentan. Los pueblos allí, ni en Alemania ni en Rusia, toman parte en las resoluciones de las cancillerías y los gobiernos, que no pueden discutirlos y sólo las conocen "a posteriori". Pero en el otro bando, en el de las naciones democráticas, nosotros no vemos a Chamberlain y a Daladier. Nosotros vemos a algo que está muy por encima de todas las políticas fuertes. Vemos a la nación entera, vemos al pueblo francés y al pueblo inglés que se están sacrificando y batiendo por sus libertades y las nuestras.

INSTRUMENTOS DE CONSIGNAS

Para no ver que esos pueblos se batan en defensa de los derechos de todos los pueblos de la tierra, contra el tirano que siega en su país todas las cabezas altivas e inventa mitos raciales para saquear, asesinar y perseguir a los judíos, es necesario —no siendo un nazi fanatizado por la falsa grandeza de Hitler— ser "comunista". Es decir, un hombre sin convicciones ni lealtad para ningún principio. Que, tan pronto quema lo que adoró como adora lo que quemó. Un hombre sin pensamiento propio, para quien no hay principios sino tácticas, las que adopta —claro que sin consultar—

lo— el gobierno de Moscú para servir sus intereses transitorios aunque sean los más reñidos con los ideales pomposamente proclamados. No es en realidad un hombre, sino un tubo que sólo se llena de consignas. Las de hoy desalojan a las de ayer, y a veces con tal precipitación que no le dan tiempo al comunista para adaptar sus palabras a la última orden recién llegada. El ritmo de los acontecimientos de actualidad ha hecho girar el tubo en un vértigo de consignas contradictorias.

Ya habían llegado a ponerse en pacifistas, ellos los terribles antimunichenses. De acuerdo con el nazismo, cuando Hitler, después de haberse tragado a Polonia, "ofreció" generosamente la paz, ellos salieron agitando clamorosamente la rama de olivo. ¡Ángelitos! No querían que se vertiera la sangre del pueblo en una nueva guerra que amenazaba ser mundial.

Los diarios soviéticos condenaban acremente el propósito de continuar la guerra hasta echar por tierra el régimen nazi. La sangre de los pueblos valía más, según los comunistas, que ese propósito político. Pero, inopinadamente, vemos a Rusia, después de avanzar hacia los estados bálticos y tomar posiciones estratégicas en Letonia y Lituania, plan-



tearle a la pacífica Finlandia un conflicto bélico.

La poderosa República Socialista de los Soviets, valiéndose de burdos pretextos y adoptando los mismos modos diplomáticos de Hitler, caía brutalmente sobre la pequeña Finlandia, que quería vivir en paz con todo el mundo y no era por cierto un peligro para nadie. Y asistimos así al más bochornoso episodio de la historia universal en estos últimos tiempos. También aquí la culpa de Stalin habría de superar a la de sus congéneres. Porque pudieron alegar, con más razón o con menos torpeza, pretextos que en labios de Stalin se vuelven demasiado burdos o no existen siquiera.

Mussolini, agrediendo a la casi indefensa Etiopía, pudo alegar que iba en busca de "espacio vital" para el pueblo italiano aduenándose de territorios en poder de una población atrasada, semi-bárbara todavía. Pudo decir que ametrallaba a los pobres abisinios desde sus aviones de guerra para que no fuesen bárbaros...

Hitler, jefe de una de las naciones más cultas de Europa; de un país que ha llegado al más alto grado de potencialidad en la condensación de la cultura, puede pretender que atropella pueblos menos civilizados y que lleva consigo la civilización.

Pero Rusia, ¿qué va a buscar a Finlandia? "Espacio vital"? no lo necesita, pues lo tiene de sobra; y ¿qué va a llevar? Finlandia es mucho más civilizada que Rusia. Y aunque no se denomina socialista, está mejor gobernada que Rusia, pues es una República Democrática donde uno de los partidos más poderosos es el Social Demócrata, y donde la situación económica del pueblo es muy superior a la de los obreros rusos, que no gozan de ninguna libertad política y perciben salarios insignificantes. En Finlandia no hay analfabetos. En Rusia pasan del 60 % de la población total. La economía finlandesa se desarrolla en gran parte sobre la base del cooperativismo —que es una forma atenuada de la socialización— y quinientos mil propietarios sobre una población de tres millones de habitantes, dicen que la propiedad de la tierra se halla muy subdividida. Las diez mil cooperativas finlandesas pueden dar lecciones de distribución de los productos y combinación de los elementos productivos al burocratismo soviético con su oficialización comunista de las fábricas y de los campos. Finlandia era uno de los países más prósperos de Europa, y pudo haber sido el más feliz si no le hubiera tocado en suerte la terrible vecindad de una potencia que, bajo la bandera roja de la internacional

de los trabajadores, se entrega hoy a ejercitar un imperialismo comunista tan brutal y sanguinario por sus procedimientos de guerra como el imperialismo hitleriano.

POST NUBILA SOLE

Y esto es lo que más enciende nuestra indignación contra el comunismo y su política exterior. El está cubriendo con una bandera sagrada, la roja enseña del proletariado, y el título usurpado de socialista, con que detora su sistema de opresión, una aventura siniestra y una complicidad afrentosa. Y eso es lo que más indigna. No le basta con deshonorar sus manos hundiéndolas en el horror y en la ignominia del crimen. Pretende, además, arrojar las sombras del desprestigio y deshonorar, como si fuese la suya, la causa del proletariado, que es la nuestra, la del Socialismo Internacional.

Renuncie a agitar esa bandera si no ha de someterse al compromiso de respetarla en su significado y de seguirla en su trayectoria ideal.

Yo recuerdo lo que un católico ilustre, Mauriac, decía contestando a las católicas que se escandalizaban porque estuviese de parte de la República Española, a pesar de los incendios de con-

ventos e iglesias que se atribuían a los republicanos, y más condenaba a los curas y obispos que apoyaban y bendecían, por amigos de la iglesia, a quienes cometían toda clase de atropellos y pisoteaban los derechos del pueblo, que a las turbas descreídas o anticatólicas que incendiaban iglesias y conventos.

Porque estas turbas destruían cosas materiales, y aquellos católicos destruían los fundamentos morales de la fe y desprestigiaban en el alma popular al catolicismo.

Así, nosotros, somos menos severos para la barbarie, la arbitrariedad y el belicismo de Hitler, que pertenecen a su programa de acción y están en su filosofía política, que para la de Stalin, que gobierna en nombre de un ideal de paz y de fraternidad humana.

Entretanto, seamos optimistas. El socialismo surgirá, como el sol después de la tormenta. Los pueblos no habrán de conformarse con otras luminarias menos fecundas y menos firmes. A través de la tormenta misma va ganando posiciones. Tenemos fe en el triunfo de la Democracia. Lo necesitamos, porque en la Democracia el pueblo vive en la libertad política y la emplea como una he-

ramienta para trazarse las vías de sus más altos destinos. Pero para la completa, la efectiva y permanente libertad del hombre, es necesaria la justicia social, la democracia económica. Por eso hemos dicho alguna vez que la democracia política es una matriz, un continente al que debemos dar un contenido de igualdad social. Esa es la obra del socialismo, que es macho, y fecunda a la Democracia y la hace madre de la liberación de los humildes y de su exaltación al goce pleno de todos los dones y beneficios del progreso, de la civilización y de la cultura universal.

Queremos para nuestra América y para nuestro país, como para el mundo todo, la realización de esa empresa histórica, que no podrá llevarse a cabo sino por el esfuerzo tesonero de las nuevas generaciones, conscientes de que deben legar a las venideras lo que no han podido o no han sabido legarles las que, como la nuestra, se van acercando ya a la terminación de sus días.

En la hora del desastre es sobre los jóvenes que recae el mayor peso del horror de la guerra; y es su sangre la que se vierte en las trincheras, en los campos de batalla, en las téticas acechanzas de la guerra marítima. En la hora de la recons-

trucción serán los jóvenes de hoy, los sobrevivientes, los que tendrán a su cargo la tarea de orientar la vida de los pueblos, para que se cumpla mejor el destino glorioso de la humanidad.

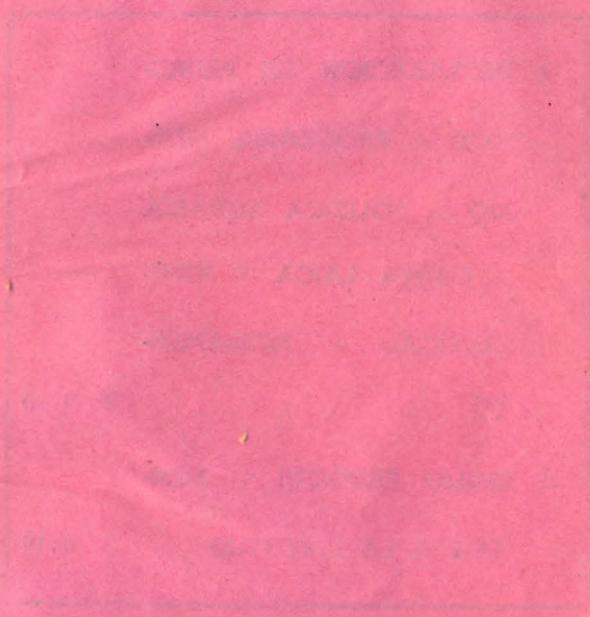
Si queremos que la paz reine en el futuro; si queremos que desaparezca de la historia de la humanidad esta abominación monstruosa y anacrónica de la guerra, resabio obstinado de la barbarie primitiva, luchemos por el triunfo del socialismo, y esperemos que estos jóvenes de hoy que se entregan con entusiasmo a la causa socialista, se hayan apoderado, a favor de la conciencia pública conquistada, de los resortes directivos de la sociedad, para que reunan a las multitudes obreras y populares de América toda en una gran comunión de ideales de fraternidad, y con las de América, las multitudes obreras y populares del mundo entero, como hoy se reúnen ellos en este congreso para sentirse hermanos y encenderse en la llama sagrada de sus bellos sueños de solidaridad y justicia, que como las de los sabios, al decir de Anatole France, la humanidad va realizando a pesar de todo, por encima o por debajo de sus luchas, de sus choques, de sus catástrofes,

de sus exterminios, de sus desesperanzas y de sus desesperaciones.

Jóvenes socialistas: El porvenir — un porvenir de justicia, de libertad y de fraternidad— está en vuestros espíritus; sólo hace falta que descienda hasta vuestras manos para que podáis clavarlo como un estandarte, o como un árbol, en la tierra conquistada de las realidades tangibles de una vida social y política, sin explotadores, sin tiranos y sin dictaduras.



Frugoni, Emilio, 1880-1969
(unif)



I	DECLARACION DE PRINCI- PIOS — PROGRAMA MINI- MO — POLITICA AGRARIA — CARTA LAICA Y ANTI- CLERICAL — REGLAMEN- TO	\$ 0.10
II	EMILIO FRUGONI — MEN- SAJE A LA JUVENTUD	" 0.10